

tiempo? Hé aquí un punto sobre el cual se encuentran muy pocos rastros en los archivos públicos, y respecto del que los historiadores dan escasísimas noticias, lo que se explica por la naturaleza reservada del negociado. Tratábase de crear, de común acuerdo, una escuadra y un ejército para asegurar la independencia de Chile al mismo tiempo que llevarla al Perú, respondiendo á los fines de la alianza argentino-chilena, y por lo tanto, el más absoluto sigilo era condición de éxito del proyecto. Empero, se han salvado algunos documentos que permiten llenar esta página oscura, y que una carta del mismo San Martín en que desenvuelve en términos generales su pensamiento hará comprender mejor: « Nada debemos reparar en lo que se ha hecho, decía en ella, sino adelantar al » ejército unido sus empresas. El destino está indicado y las » circunstancias favorecen; el país lo exige para su libertad y » la fortuna está en su buen cuarto de hora. Es preciso, pues, » aprovecharnos llevando nuestras armas al corazón del Perú. » Esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y » preparar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el » ejército con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza » naval que domine el mar Pacífico. Considero suficiente el » número de cinco corbetas, y nada menos, bien equipadas » y artilladas; pero falta plata. Veá, pues, si de ese Estado » (Chile) pueden sacarse trescientos mil pesos. Hemos gra- » duado que esto será suficiente para el armamento y tripu- » laciones. La expedición deberá estar en esos puertos para » octubre ó noviembre, y no hay tiempo que perder. En caso » de no tener efecto este proyecto, yo no expondré nunca » al ejército á ser desbaratado por dos ó tres buques de » guerra que pondrá Lima en precaución de este mal, » que es el mayor que puede venirle á su existencia » (6).

(6) Carta de San Martín (sin dirección), de 22 de abril de 1817 desde Buenos Aires. Vicuña Mackenna, « Rel. Hist. », M. S. autóg.

III

Este era el gran proyecto que traía á San Martín á Buenos Aires. Para formalizar los acuerdos que debían ponerlo en vías de ejecución, habíase munido de una plenipotencia del gobierno chileno. Era como general del Ejército Unido, y por lo tanto como representante de la alianza y agente de su propia idea, que se presentaba ante el gobierno argentino. El gobierno de Chile contribuía desde luego con 200 mil pesos, prometiendo 100 mil más para completar el armamento naval proyectado. Las Provincias Unidas, escasas á la sazón de dinero, concurrirían con su crédito, poniendo ambos gobiernos de consuno manos á la obra á fin de realizar la expedición al Perú.

En medio de los festejos de que era objeto, que « apenas » le dejaban resollar » según sus palabras, el vencedor de Chacabuco no perdía su tiempo, y reservadamente entabló su negociación con Pueyrredón desde los primeros días de abril. Todos los arreglos se hicieron tan sigilosamente, que sólo tenían conocimiento de ellos el director y San Martín, y los que debían intervenir en el armamento naval, actuando como secretario el general Matías Irigoyen, á la sazón Ministro de la Guerra.

Para no llamar la atención, los acuerdos de gobierno en que se trató del asunto, celebráronse en la casa particular de don Manuel Hermenegildo Aguirre, que fué el agente designado para ir á los Estados Unidos á efectuar la compra de los buques en compañía de don Gregorio Gómez, llevando los 200 mil pesos que con tal objeto se remitían de Chile, y cartas de crédito del gobierno argentino para cubrir el exceso de los gastos con calidad de reem-

bolso. Sobre estas bases celebróse el acuerdo internacional (7).

En tal ocasión, la fatalidad volvió á colocar frente á frente por tercera vez al restaurador de Chile y al dictador en cuyas manos se había perdido su revolución. Después de su destierro de Cuyo (V. cap. VIII) y de las diversas tentativas hechas en Buenos Aires para emprender la reconquista de su

(7) En los papeles del archivo secreto del gobierno han quedado algunos testimonios de esta negociación, pero por más pesquisas que hemos hecho no nos ha sido posible encontrar el acuerdo que se firmó entre ambos gobiernos, sin embargo de hacerse especial mención de él en otros documentos de su referencia. En comunicación del gobierno argentino dirigida al Director de Chile y transcrita á San Martín, le dice: « que en » precaución de la inteligencia que pudiera darse al artículo 1.º del con- » venio celebrado, en el caso de no ser asequible el apresto de las fraga- » tas (eran cuatro según otras referencias), y en consideración de la ne- » cesidad de dominar el mar Pacífico para las operaciones ulteriores, » con una fuerza que no pueda ser contrariada por el enemigo, proceda » al armamento de seis corbetas de 25 á 30 cañones ó carronadas. » Además, se declaraba que « en el caso de ser destronada la tiranía de » Lima como resultado de la comisión de Aguirre, se le suministrarían » por una vez por los Estados de Sud América (Provincias Unidas y » Chile) diez mil pesos por vía de regalo. » Las instrucciones dadas á Aguirre por el ministro de guerra argentino, llevan la fecha de 30 de abril de 1817, encomendándole el armamento de seis corbetas en el caso de no ser posible el de las fragatas designadas en el convenio. — Según nota de 28 de abril, en la noche del 26 del mismo se celebró un acuerdo privado de gobierno en casa de Aguirre. Con fecha 30 de abril nombróse don Gregorio Gómez como adjunto á la comisión. Con fecha 17 de mayo, el gobierno argentino decía á San Martín: « En la posibi- » lidad de que los 200 mil pesos que el comisionado D. M. Aguirre lleva » á Norte América, no serán suficientes á realizar el armamento naval » de que va encargado, y que en tal caso habrá de asirse al crédito de » este gobierno para proporcionarse algunos empréstitos ó emplear los » que con anticipación y otros fines había dispuesto y contaba con ellos » este gobierno en aquel destino, he tenido á bien se encargue á V. E. » de obtener la obligación del gobierno de Chile al abono de toda suma » que el comisionado reciba ó invierta en dicho esencialísimo objeto, » con más sus réditos que comprendan hasta su reintegro, pues así es » justo según lo convenido, y conforme á los intereses de ambos Esta- » dos. » (Docs. del Arch. general. Leg. « Reservados », carpeta: « Pa- » peles relativos á la comisión de Aguirre y Gómez, 1817-1818. » M. S. S.)

país, don José Miguel Carrera, movido por la ambición y el patriotismo, reunió 20,000 pesos entre su familia, y encargando á sus parciales que esperaran su vuelta, dirigióse á los Estados Unidos (noviembre de 1815) en busca de recursos para realizar su soñada empresa. La fortuna adversa pareció sonreírle por un momento. Encontróse allí con su antiguo amigo Poinset y con el famoso comodoro Porter, quien durante su estación naval en el Pacífico en 1812 á 1814, se había apasionado por la causa de la independencia sud-americana, y manifestóse dispuesto á propiciarla cerca de su gobierno. Presentado por éste al presidente Madison y á su ministro Monroe en Washington, fué bien recibido por ellos; aunque desde luego pudo convencerse, que no debía contar con una eficaz protección por parte del gobierno norte-americano, pues no obstante sus simpatías en favor de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, su política era la de estricta neutralidad en su lucha con la madre patria. Carrera no desesperó, y trasladóse á New-York, donde se puso en relación con varios capitalistas cuya confianza supo captarse con sus promesas y sus maneras insinuantes, pero sin conseguir su objeto, que era levantar entre ellos un empréstito. En estos trabajos preliminares consumió los 20,000 pesos que había llevado.

Los Estados Unidos, eran entonces el mercado militar de todos los revolucionarios sud-americanos, adonde acudían en busca de empréstitos, armas, buques y otros auxilios para sus proyectadas expediciones, á trueque de promesas que se cumplirían en caso de éxito. Entre los especuladores sobre estas bases aleatorias, contábase la casa de Darcy y Didier, que de tiempo atrás proveía de armas á las Provincias Unidas, la que acogió favorablemente el proyecto de Carrera, mediante un contrato, por el cual se comprometió á equiparle dos buques armados en guerra adelantando los capitales; pero con la condición de ser mandados por oficiales que

representasen la compañía, hasta tanto el gobierno de Chile restaurado no hubiese cubierto los gastos de mantención y salarios del viaje y el doble del valor de las embarcaciones. Fueron éstas la corbeta « Clifton » y el bergantín « Savage ». Dos buques más, el bergantín « Regent » y la escuna « Devei », equipados por los mismos armadores, debían reunirse más tarde á la escuadrilla de Carrera, así como la fragata « General Scott » que con igual destino preparó la casa Hugo y Tom de Nueva-York. Carrera, que hasta entonces había mostrado mucha moderación, con violencia de su carácter, ante la perspectiva de contar con estos elementos de guerra, dió rienda suelta á sus instintos jactanciosos, exclamando : « Mi » expedición desafía al mundo entero, y es debido á mis únicas cualidades, constancia, actividad y buena intención » (8). El 3 de diciembre (1816) embarcóse en la « Clifton » y dió la vela desde Baltimore, acompañado de un numeroso grupo de oficiales voluntarios de varias nacionalidades, — principalmente emigrados franceses, — que habían decidido ayudarle en su empresa, algunos de los cuales veremos figurar más tarde en la guerra sud-americana.

La empresa de Carrera, bien que por la preparación de sus elementos en tierra extraña haga honor á su actividad y constancia, era simplemente una aventura mal concebida, que no tenía más base que la importancia que atribuía á su propia persona, y que debía dar necesariamente los resultados más desastrosos, sobre todo, dirigida por él. Su plan era tocar en Buenos Aires, incorporar á su expedición los emigrados chilenos que quisiesen acompañarle, y con 500 á 600 hombres, doblar el cabo de Hornos, dirigirse á las costas de Chile y promover la revolución en el país, en la confianza de que á su sólo nombre se reunirían millares de soldados bajo

(8) Carta á su hermano de 6 de noviembre de 1816, en Vicuña Mackenna « Ost. de Carrera », p. 82.

su bandera, sin contar que cinco mil veteranos lo esperaban allí. Era por otro camino y en condiciones más novelescas, la repetición de la descabellada aventura sobre Coquimbo en 1815. Su cabeza no podía dar más teóricamente, y en la práctica había dado mucho menos.

La « Clifton » arribó á Buenos Aires el 9 de febrero, y allí supo Carrera, que San Martín había atravesado los Andes á la cabeza de un ejército poderoso con el objeto de reconquistar á Chile, defraudándolo así una vez más de su intento. Pocos días después llegaba la noticia de la victoria de Chacabuco. El destino de Carrera estaba roto para siempre. Sus servicios eran inconciliables con los propósitos de la política argentino-chilena, y tenía necesariamente que ser eliminado como un obstáculo, sacrificándolo en holocausto á los intereses solidarios de ambos países. Debió comprenderlo así al ver su tierra gobernada por el partido que le era adverso y bajo la influencia poderosa del general que lo había desarraigado y perseguido en Mendoza después de su caída, contrariando después sus planes. Sin embargo, se presentó al Director Pueyrredón para felicitarle por el triunfo de las armas independientes (9) y posteriormente dirigióse á él en nota oficial, solicitando su cooperación á fin de llevar adelante su campaña naval proyectada, con el objeto de dominar el mar Pacífico (10). Cuando tal ofrecimiento hacía, no contaba sino con un solo buque, la « Clifton », y éste mismo no dependía de él sino á condición de que el gobierno argentino lo auxiliara; pero aún cuando hubiese tenido á sus órdenes toda la escuadrilla preparada en los Estados Unidos, tal empresa, además de inconsistente, habría sido, no una expedición contra

(9) Carta de Pueyrredón á San Martín de 25 de febrero de 1817. (Arch. San Martín vol. XL. M. S.)

(10) Of. de Carrera á Pueyrredón de 17 de abril de 1817, cit. por B. Arana en « Indep. de Chile » t. IV, p. 114.

el enemigo, sino contra las Provincias Unidas, para llevar la desorganización al país que habían reconquistado á costa de tantos esfuerzos al través de los Andes. El Director Pueyrredón le notificó, que no entraba en sus planes tal operación, y que estaba resuelto á no dejar salir de Buenos Aires ni á él ni sus parciales, y que esta era su última palabra.

Mientras tanto, el gobierno argentino negociaba con el capitán de la « Clifton », la cesión de su buque, y como los armadores mantenían relaciones comerciales con él, y Carrera no podía llenar sus compromisos para con la tripulación, la expedición de éste no tenía ni base naval. En estas circunstancias llegó á Buenos Aires el bergantín « Savage », cuyo capitán parece se entendió con Carrera, á fin de evadirse del puerto de Buenos Aires y dar la vela de su propia cuenta en la oscuridad de la noche con destino á las costas de Chile. El capitán de la « Clifton » se negó á entrar en este proyecto. Denunciada la tentativa al gobierno por uno de los aventureros franceses que habían acompañado á Carrera desde los Estados Unidos, éste fué aprisionado (19 de marzo) como conspirador.

Hacia quince días que José Miguel Carrera se hallaba encerrado en un calabozo del antiguo cuartel de granaderos á caballo en el Retiro, cuando un día (12 de abril) un personaje grave y severo, ante el cual se inclinaban todos con profundo respeto, entró por sus puertas. Era el general San Martín. Tendióle la mano, que el preso no recibió; pero sin darse por ofendido de este afectado desdén, le manifestó, que se condolía de su suerte, y que era el primero en reconocer los servicios distinguidos que había prestado á su país, asegurándole que su arresto, era una medida puramente política. Le renovó el ofrecimiento hecho por el Director Pueyrredón de enviarlo á los Estados Unidos en calidad de ministro diplomático de las Provincias Unidas, agregando que, aun cuando su presencia en Chile podría ser motivo de agitaciones perjudiciales

á la causa de la independencia, por su parte no veía inconveniente en ello, por cuanto así O'Higgins como él estaban resueltos á reprimir con mano firme toda tentativa contra el orden allí establecido. El arrogante caudillo chileno, que no comprendía que la independencia de su patria pudiera realizarse sin él en el poder, desechó los favores que se le brindaban, y repuso, que ningún hombre racional después de la amenaza que se le hacía se entregaría á discreción de un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia. Era una formal declaración de guerra, dictada por el odio ó el despecho. El poderoso vencedor, sin darse tampoco por entendido de esta pueril provocación, repitió los ofrecimientos amistosos, y después de pedirle que meditara bien su última resolución, se retiró grave y severo como había entrado (11). Esta entrevista, tiene algo de dramático, si se evocan los antecedentes de los dos personajes y se piensa, que el fin de uno de ellos sería el patíbulo á que lo empujaba su destino. Bien que el acto se preste á diversas interpretaciones, la intención de San Martín, aun como resultado de un frío cálculo político, era sin duda benévola. Enemigo de toda violencia inútil, quería separar buenamente un obstáculo á sus planes, empero estuviere decidido á suprimirlo. Fué ésta la tercera y última vez en que estos dos hombres se encontraron en la vida, pero no la última en que sus opuestos hados adversos se chocaron. Carrera era la víctima propiciatoria predestinada de la alianza argentino-chilena.

Consecuente mientras tanto con sus ofrecimientos, San Martín empeñó su valimiento para que el Director Pueyrredón intercediese ante el gobierno chileno en favor de su

(11) En el extracto de esta conferencia, seguimos la versión del mismo Carrera en su « Manifiesto á los pueblos de Chile », p. 30, combinándola con Barros Arana en su « Hist. de la Indep. », t. IV, p. 119, que la complementa, sin alterar su fondo ni su forma.

desarmado adversario. Pueyrredón se dirigió en tal sentido á O'Higgins en términos muy honrosos para Carrera: —

« Existe en esta capital don José Miguel Carrera, pertene-
 » ciente á ese Estado, con sus hermanos don José y don
 » Luis, y á todos, por razones políticas he indicado la
 » necesidad de no pasar á esos pueblos, con lo que se
 » han conformado. El primero ha hecho recomendables
 » servicios á su patria en los Estados Unidos, donde ha
 » negociado una expedición naval con destino á la recon-
 » quista de ese reino, y hubiera llenado sus fines con proba-
 » bilidad en el caso de que nuestras fuerzas no se hubiesen
 » anticipado. En la actualidad puede aún ser útil á ese Esta-
 » do, y á la causa general, y se ha desprendido generosa-
 » mente de toda intervención en ella, poniendo á disposición
 » de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fueran
 » los motivos de disgusto que se hayan ofrecido en el curso
 » de la revolución, no puede negarse el mérito de su cons-
 » tante resolución por la libertad, á que él muy principal-
 » mente ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una
 » parte no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de
 » ese Estado es distinguido, y el honor patrio se interesa en
 » que no se vean desvalidos ». Y acababa indicando, que
 » consideraba acreedor á don José Miguel á una pensión de
 » 3,000 pesos anuales cuando menos, y una proporcionada á
 » sus hermanos, porque, decía: « La delicadeza del Director
 » de Chile está interesada en esta medida, que no podrá me-
 » nos de ser bien aceptada por la opinión de los pueblos, ha-
 » ciéndole conocer que se había puesto término á las antiguas
 » discordias, preparando los caminos de una dichosa recon-
 » ciliación » (12). San Martín apoyó eficazmente esta inter-

(12) Of. del Director Pueyrredón al Director O'Higgins de 8 de marzo de 1818. M. S. auténtico, autorizado en copia con la firma de Zenteno, ministro de O'Higgins. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

cepción, que O'Higgins recibió de mal talante, haciendo explosión su odio concentrado contra los Carrera, en dos extensas notas de una misma fecha. « La sagaz ambición de
 » los Carreras — decía en la primera nota, — ha llegado á
 » abrirse un patrocinio en el gobierno de las Provincias Uni-
 » das, sorprendido por la astucia y tramoya de unos hombres
 » que deben ser proscriptos como perversos, que ocupados de
 » la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron á Chile á la
 » rabia ferina de los españoles. Estos habitantes los detestan,
 » y blasfemarían de su suerte y la conducta del gobierno si
 » presintieran que había disposición á protegerlos ». Y des-
 » pués de hacer en términos vehementes el proceso histórico
 » de los Carrera, concluía: « El honor de Chile antes se empe-
 » ña en un castigo, antes que considerarles atributos de que
 » son indignos ». Empero, en honor de la mediación, se
 » prestaba á que se les acordara una módica pensión para no
 » abandonarlos á la indigencia (13). En la otra nota al mismo
 » San Martín, era más explícito: — « ¿Se dota con tres mil
 » pesos anuales á don José Miguel Carrera, y en proporción
 » á sus hermanos? Pues entonces se autoriza el crimen en
 » tanto que se premia al delincuente. ¿Tememos acaso á
 » los Carrera ó se espera algo de ellos? Uno y otro extremo
 » es indigno de la suprema autoridad. Es implicancia deste-
 » rrarlos y enriquecerlos: pena y galardón se contrarían mu-
 » tuamente. No tengo yo poder para desangrar á la nación
 » en favor de sus enemigos » (14).

Después de esta tentativa conciliatoria, San Martín repasó los Andes para continuar trabajando en la consolidación de la

(13) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

(14) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818 (misma fecha de la anterior), M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

independencia de Chile y por la emancipación de la América. Carrera fugó de su prisión y se asiló en Montevideo á la sombra de la bandera portuguesa, para continuar conspirando por despecho ó por venganza bajo la bandera de la anarquía y de la barbarie, contra la República Argentina y la situación de su patria, que eran la última esperanza de la revolución sud-americana. El gobierno argentino, lo mismo que San Martín, si bien lo consideraban un obstáculo á su política y sus planes, y como tal querían eliminarlo ó neutralizarlo, le eran personalmente benévolos, como se ha visto, y se disponían á ponerlo en libertad. Aun antes de que Carrera fugase de su prisión, le había remitido tres pasaportes para él y sus dos hermanos á fin de que pudieran dirigirse libremente á los Estados Unidos (15). Su destino era otro; ser las víctimas de la fatalidad.

IV

El 11 de mayo San Martín estaba de regreso en Chile. En sesenta días había atravesado dos veces los Andes y galopado cinco mil kilómetros por rumbos opuestos buscando el camino de Lima en medio de las sombras del más impenetrable misterio, y volvía al punto de partida que de antemano se había fijado. Pero esta vez no le fué posible sustraerse á las demostraciones de gratitud del pueblo libertado. Durante tres días los puestos avanzados de la ciudad de Santiago eran vigilados por los ciudadanos que querían tributarle sus honores, y partidas á caballo con banderas celestes y blancas, recorrían los caminos. En el portezuelo de la cor-

(15) Docs. del Arch. Gral. en legajo : « Correspondencia con el Supremo Director de Chile, 1817. » M. S.

dillera de Colina, — la puerta por donde había entrado victorioso al valle del Mapocho después de Chacabuco, — fué recibido por los magistrados municipales y por el pueblo, y continuó su marcha en coche descubierto pasando por arcos de triunfo coronados por las banderas unidas de Chile y de la República Argentina, bajo una lluvia de flores y perfumes, en medio de atronadoras aclamaciones.

Las tropas tendidas en carrera desde el puente del Mapocho hasta el palacio de los obispos, le hacían los honores. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada. En el momento en que se encendían los fuegos artificiales, llegó del sud la noticia de la victoria del Gavilán alcanzada por Las Heras. El pueblo reunido en la plaza mayor estalló en un inmenso aplauso, dando vivas al libertador de Chile (16). Era la segunda ovación popular tributada espontáneamente por el pueblo chileno, cual no la habían merecido jamás los potentados de la colonia: la primera según se recordará, fué dispensada al tribuno Martínez Rozas, precursor de la alianza argentino-chilena, y la segunda á San Martín: y los dos, fueron argentinos.

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heroico del libertador. En el mismo día de la ovación, despachaba á Londres á su ingeniero y ayudante de campo Alvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos á fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Álvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, á que está ligado un misterio, que se ha señalado como un

(16) « Gac. del sup. gob. de Chile », núm. 12, del 14 de mayo de 1817, « Extraordinaria » de 13 del mismo.